

El amor es como el agua, que si no se agita se pudre, recordaba doña Leonor mientras se cubría el rostro con un pañolito de seda y encajes para protegerse del polvo del camino. Y a veces amor y sufrimiento eran la misma cosa, qué paradoja. Era posible que para los hombres no fuera de ese modo, al menos que no lo fuera para él; pero así lo sentía ella ahora.

Una nubecilla de polvo cegó sus ojos y los cerró. Trató de limpiarse los lagrimales y, con los párpados apagados, permaneció enredada en la rueda de sus pensamientos, herida. No: su amor no era un refugio contra la soledad; nunca lo había sido. Pero ¿cómo entender el juego y el vaivén de sus reglas? Necesitaba comprender los motivos de su esposo porque ella no amaba para cumplir con su deber ni había concebido el amor como un momento pasajero en su vida. El suyo lo era todo y quería que fuera eterno, prolongarlo para siempre.

Entonces, ¿por qué la trataba así? ¿De qué podía tener queja? Ella le admiraba; y procuraba acrecentar los manantiales de su afecto. Le habían enseñado que amor sin veneración es sólo amistad, y que el amor y la luna se comportaban de igual modo: si no crecían, menguaban.

No era cierto que se estuviera muriendo de amor; era el amor el que se estaba muriendo entre ellos.

Ese pensamiento le provocó unas desmesuradas ganas de llorar, pero no quiso hacerlo. Volvió a frotarse los lagrimales con el pañolito, respiró hondo y observó a sus amigas, que se entretenían en silencio mirando la monotonía del paisaje, con las pezuñas del cansancio arando arrugas en sus rostros. El día había amanecido triste, el viaje estaba resultando incómodo, el camino era largo y, además, con aquella polvareda que levantaban cabalgaduras y carros, cada vez se les hacía más difícil respirar. Y ahora, a la caída de la tarde, abrumada por la fatiga de tan larga marcha y por el dolor de sus meditaciones, la reina doña Leonor de Castilla estaba a punto de desmoronarse.

- Háblame, Sancha –dijo al fin, para evitar el desbordamiento de sus ojos-. Porque el rey, nuestro señor, no parece tener intención de parar hasta que revienten los caballos.

- ¿Y de qué queréis que os hable, señora? –preguntó la dama, sin saber qué decir.

- No lo sé –alzó los hombros la reina, aburrída-. De cualquier cosa. Estáis todas muy calladas, como si os abrumaran cuitas. Decidme en qué andáis pensando.

- Cuitas no, señora... No es nada de interés –respondió Sancha-. Pensaba en unas nuevas sedas moriscas que...

- ¿Y tú, Águeda, siempre tan ingeniosa? –se dirigió a otra de sus damas-. ¿También piensas en sedas?

- No, no. Pensaba una tontuna, señora. Me estaba preguntando si lo que mantiene a los matrimonios unidos, desde el principio de los tiempos, será el amor o el infortunio.

- ¿Qué quieres decir? –interrogó doña Leonor, sin comprender.

- Pues... pensaba en la desilusión de tantas esposas. Ellas siempre esperan que su esposo cambie, que sea más amable, más atento, más cariñoso... A veces me pregunto si es el amor lo que les retiene o si es menester ser infelices para tener esperanzas... Y cuando al fin la esposa comprende que nunca será así, que los hombres nunca cambian, ya no queda tiempo sino para aguardar la muerte sin hacer mucho ruido.

- ¿Lo dices por mí?
- Dios me libre, señora.

Las otras damas miraron a Águeda recriminándole sus palabras mientras la reina, suspirando, cerraba los ojos sin decir nada. La propia Águeda pensó que sería reconvenida por su señora si había llegado a malinterpretarla, así que guardó silencio. Pero nada hubo, sólo un segundo suspiro de doña Leonor.

Porque lo cierto era que doña Leonor de Castilla seguía pensando en su esposo, el rey don Jaime. Llevaban nueve años de matrimonio y nada había sido como imaginó al principio. Cuando se casaron, él tenía trece años y ella diecinueve; y aunque la diferencia de edad parecía un abismo que nunca podrían superar, la relación no fue mala en aquellos primeros días. Incluso tuvieron un hijo en el primer año de matrimonio: el príncipe Alfonso. Ahora, recordando el pasado, le resultaban gratos aquellos dos o tres primeros años de convivencia, mientras el rey no pensaba en la caza ni en la guerra; ni siquiera en otras damas de la Corte. Pero él pronto creció en edad y en ambiciones y, simultáneamente, algo debió de ocurrir entre ellos porque cada vez fueron más infrecuentes las visitas a su aposento hasta que en los últimos dos años las noches se habían rendido al alba sin asistir a visita real alguna. Y ese lecho solitario y vacío, esa orfandad de esposo, esa indiferencia conyugal, la había convertido en una viuda emocional.

Al rey lo reclamaban obligaciones múltiples, lo sabía; al rey lo agobiaban sus títulos y posesiones, era cierto; al rey le imponían atender con el mismo esmero su reinado de Aragón, sus condados de Barcelona y Urgel y su señorío de Montpellier, naturalmente. Pero no parecía darse cuenta de que también le reclamaba su esposa, tan joven y tan desatendida. Y era verdad que durante unos años la esperanza la mantuvo viva y aguardó a que él cambiara, a que llamara de noche a su puerta, a que la cubriera de caricias tiernas y la envolviera en susurros amables perfumados con aromas de amor. Y en esa espera había vivido hasta hacía bien poco, apenas unos meses antes, cuando le informaron de que el rey había solicitado la anulación del matrimonio por algo tan inesperado e indeleble como su proximidad familiar, su parentesco cercano.

No fue el rey quien se lo comunicó. Fue el escribano real, con quien compartía doña Leonor un gran afecto, y la noticia la dejó perpleja. Después de ocho años, con un hijo crecido y sin haberle dado jamás motivos de disgusto ni pronunciado quejas, el rey quería sajar con un tajo tan inexplicable como traicionero el vínculo que Dios había creado entre ellos.

Cuatro meses hacía ya desde que había conocido la noticia y en todo ese tiempo el rey no se había molestado en decírselo. Incluso cuando amenazó con cortarle la lengua al obispo de Gerona por manifestar públicamente su desacuerdo con la pretensión del monarca, nada comentó a su esposa ni ella observó que le temblaran los labios ni las manos después de advertir al clérigo con tan severo castigo. Había cambiado, sí, pero no mejorado en su conducta. Nos hacemos mayores, pero no nos hacemos mejores, pensaba la reina. Y aun así, si esa misma noche el rey don Jaime la visitara en su lecho y mostrase una brizna de la ternura que le proporcionó en los primeros años de matrimonio, ella volvería a comportarse como la esposa fiel, leal, cumplidora y amantísima que deseaba ser y que, incluso a su pesar en ciertas ocasiones, no había sabido dejar de serlo.

Amarlo era su destino, su vocación, su deber y su necesidad.

Pero el rey apenas la miraba en privado, y muy pocas veces en público. Cuando compartían mesa, Consejo o recepción, nunca faltó a la consideración debida a una reina y a una esposa. La trataba con el mismo tacto con que se relacionaba con un príncipe extranjero o con el embajador de un reino amigo. Pero

nada de amor vislumbraba en su mirada, nada de deseo, apenas nada de afecto. Y aun así, si él quisiera...

Águeda tenía razón. Su matrimonio se mantenía en pie debido al infortunio. Por su infortunio. Puede que todos los matrimonios fueran así, saciados para el esposo y desnutridos para la esposa, pero a ella le dolía el suyo, como a un corzo le duelen sólo las fauces del chacal que se abalanza sobre su cuello aunque al resto de la manada, un día u otro, le corresponda la misma suerte.

- ¿Estáis triste, señora? –quiso saber Berenguela, la dueña, con un hilo de voz-. No lo estéis...

Doña Leonor abrió los ojos y la miró, con ternura. Tomó su mano y sonrió apenas.

- No, amiga mía. No estoy triste. Sólo... desilusionada –miró a Águeda y le sonrió también.

- Yo... –se lamentó la camarera real-, no me refería a vos, señora. Os prometo que...

- ¡Pero si no te acuso, Águeda! –la reina se mostró cariñosa con su amiga, acariciándole la mejilla-. Tú no tienes la culpa de que el rey sea como es. Tampoco de que haya dejado de amarme. Ni... de que busque mi muerte.

- ¡Señora! –se alarmaron todas las damas. Y hasta la misma Violante, tan joven, recién llegada al servicio de la reina, se llevó la mano a la boca, horrorizada.

- ¡Basta, basta! –intentó calmarlas doña Leonor-. Sosegaos y no deis por oído cuanto os digo, que no quiero escándalos en mi casa. Puede que sólo sean figuraciones mías...

2

El séquito del rey don Jaime I de Aragón dejó de levantar la enorme nube de polvo que lo acompañaba en cuanto la comitiva se detuvo ante los imponentes muros del monasterio de San Benito. El viento helado que descendía por la falda de las montañas pirenaicas limpió el aire de la polvareda con la celeridad de un sirviente esmerado. Inmóvil la caravana, sólo los estandartes de la Corona de Aragón, las banderas reales y los pendones de los regimientos de don Jaime continuaron su agitación, enloquecidos por el vendaval que precedía a la anochecida. El rey volvió sus ojos hacia la carreta en forma de tienda en que viajaba su esposa, doña Leonor de Castilla, la miró y afirmó con la cabeza.

- ¿Hemos llegado? –preguntó la reina.

- Hemos llegado –respondió él.

- *Laus Deo*¹ –musitó ella, y procedió a santiguarse.

Frente a ellos se levantaban los muros del monasterio de San Benito; y, más allá, las altivas montañas que exhibían su manto nevado en la cordillera leridana de los Pirineos. El cielo se rompía en mil grises que anunciaban una tormenta inminente, más oscuros aun que las piedras con que se había construido el edificio que resguardaba el gran cenobio femenino de religiosas cistercienses. Poco faltaba para el anochecer, así que el rey ordenó a su capellán don Teodoro que se adelantara para anunciar a la abadesa la visita real.

- Y no olvides decir a doña Inés de Osona que ha de preparar también aposento y cena para doña Constanza de Jesús, que estará presta a llegar desde el

¹ Alabado sea Dios.

monasterio navarro de Tulebras. Viene a investigar y descubrir el sanguinario misterio del que nos habló en su carta.

- No lo olvidaré, mi señor –el capellán don Teodoro se acompañó con una reverencia.

- Marcha.

Mientras esperaba el regreso del capellán con la noticia de que las puertas del monasterio quedaban francas, el rey don Jaime dio instrucciones al Alférez Real y a sus capitanes para que la tropa estableciera el asentamiento en el valle, levantara sus tiendas allí y se dispusiera a permanecer acampada cuanto tiempo fuera necesario hasta poner fin a la desgracia que se había cernido sobre el monasterio benedictino, con su rosario de violaciones y muertes inexplicables. Tan sólo él, por su privilegio de rey, y la reina doña Leonor con sus damas, como mujeres, podían hospedarse en el cenobio; ni siquiera el capellán don Teodoro, ni religioso alguno, fuera sacerdote u obispo, podría traspasar sus puertas. El mismo Papa, de desearlo, habría tenido que solicitar la venia de la abadesa para pernoctar entre aquellos muros.

- Acercaos, mi señora –reclamó don Jaime a la reina-. Vos y yo entraremos a pie en cuanto regrese nuestro capellán. Disponedlo todo para que vuestras damas nos sigan con cuanto necesitemos.

- Estaré preparada, mi señor –respondió doña Leonor.

- Daos prisa y no os demoréis –insistió él-. El cielo está decidido a romperse en mil pedazos con una fuerte tormenta.

Los regimientos de tropa empezaron a dispersarse e iniciar los trabajos de asentamiento en la extensa llanura situada frente al monasterio con movimientos ordenados y siguiendo las reglas de distribución y defensa de los campamentos militares en tiempos de guerra. Primero habrían de levantar la tienda del rey, aunque no fuera utilizada, y a su lado la del Campeón o Alférez Real, como primer caballero del reino; después las de los nobles, cortesanos y damas; luego las de los capitanes y los demás caballeros, y por último las de las mesnadas de criados y la soldadesca, sin olvidar los emplazamientos seguros para las cabalgaduras y los cuartos de cocina, junto a los que se construirían cercas para guardar los gorrinos, gallináceas, terneras, vacas y bueyes que acompañaban a la expedición y procurarían trabajos de carga y atenderían a las necesidades de alimentación. El rey, entre tanto, esperó paciente el regreso de su envejecido capellán, mirando al cielo, confiado en que tendría tiempo para resguardarse antes de que empezara a llover.

- ¿Es verdad que son cinco las religiosas asesinadas? –preguntó la reina con voz insegura.

- ¿Estáis asustada? –sonrió el rey-. Vos no corréis ningún peligro, os lo aseguro.

- A vuestro lado sé que nada he de temer, mi señor –ella también intentó forzar una sonrisa, pero no fue limpia-. Aunque cinco muertes en tan poco tiempo...

- En su carta, la abadesa doña Inés de Osona me informó de cinco asesinatos, en efecto. Pero desde entonces a hoy me han comunicado dos más. Es todo muy extraño.

- Ciertamente, mi señor.

El rey se mantuvo un rato en silencio con los ojos puestos en el camino por el que habría de regresar el capellán. Y por unos instantes cruzaron por su cabeza pensamientos de vida y de muerte mezclados con otros de impaciencia por la espera. Hasta que se recobró y se volvió hacia la reina.

- Bueno, no os alarméis por ello. Estoy convencido de que la hermana Constanza de Jesús, con su sabiduría y experiencia en esta clase de asuntos terrenales, encontrará pronto la respuesta y haremos justicia. Puede que haya llegado ya.

- Dios lo quiera.

Poco después, el capellán don Teodoro, acompañado por la misma abadesa, se acercaba a paso agitado hasta donde les esperaban. Doña Inés de Osona los saludó con mucho afecto, besando la mano del rey y la mejilla de la reina, y les apresuró para que la siguieran cuanto antes al cobijo del monasterio.

- Lloverá muy pronto, mi señor –añadió.

- Parece que así será –don Jaime levantó los ojos al cielo, sin necesidad-. Vamos, pues.

Don Teodoro vio marchar a los tres, acompañados por su séquito de damas, con el rostro contraído, apenándose de no poder seguirles también al interior de la abadía y, por tanto, tener que conformarse con el alojamiento en una fría tienda que, dada la penetrante humedad de aquel clima, sería un auténtico calvario para sus viejos huesos, ya bastante maltrechos después de estar al servicio del rey desde el mismo momento de su jura en las Cortes Generales de 1214 y luego en su declaración de mayoría de edad y consiguiente coronación en el mes de septiembre de 1218, cuando se convocaron otra vez Cortes Generales en Lérida y acudieron todos los nobles aragoneses y catalanes. Desde aquella primera jura leridana ya habían pasado quince años de ministerio fiel e inseparable compañía y, ahora, en ese frío mes de marzo de 1229, verse obligado a instalarse en una tienda a la intemperie del valle no era, precisamente, algo que colmase sus ambiciones. Y además le pareció injusto. Aun así, si era la voluntad de Dios, se dijo don Teodoro para reconfortarse, amén. Y a regañadientes dio media vuelta y se dirigió al campamento, en donde esperaba que sus criados hubiesen levantado y afianzado ya los telares de su morada. Repetía, una y otra vez: *Dominus dedit, Dominus abstulit, sit nomen Domini benedictus.*²

Y siguió su camino recitando el Gloria:

- *Gloria Patri, et Fili, et Spiritui Sancto. Sicut erat in principio, et nunc et semper, et in saecula saeculorum, amen.*

3

Cuando el rey don Jaime cruzó los umbrales de San Benito acompañado por su esposa y la abadesa, seguido por las seis damas de compañía de la reina que portaban los baúles en donde se guardaban las ropas reales, tuvo la sensación de que aquello no iba a ser de su agrado, por lo que, rebuscando posibilidades, tendría que ingeniárselas para encontrar el modo de que la estancia entre aquellos muros fuese lo más breve posible. Alguna vez se había visto obligado a pernoctar una jornada, incluso dos, en un convento de religiosos, pero aquello había sido una situación soportable porque no había morada más digna en el itinerario de sus tropas en busca del enemigo. Ahora, sin embargo, instalarse en uno de ellos durante tiempo indefinido hasta que se averiguase qué sucedía realmente en él y

² Dios me lo dio, Dios me lo quita, bendito sea el nombre de Dios.

dar con el culpable o los culpables de la indignidad, se le antojó una cruda penitencia que no estaba seguro de merecer. Cobijarse de una tormenta inminente era razonable; hacer de aquel monasterio algo parecido a su hogar, algo muy alejado de sus deseos.

Doña Inés de Osona lo había dispuesto todo con extremada diligencia para que los aposentos de los reyes resultasen lo más acogedores posible. En el camino de entrada, mientras subían los peldaños de piedra que conducían al interior del convento, trató de complacer a su ilustre visitante.

- Encontraréis vuestros aposentos humildes pero caldeados, mi señor.

- Gracias, doña Inés –sonrió doña Leonor.

- Y la cena se os servirá en una sala contigua, en cuanto deseéis. Se están preparando pichones, caldos, frutas, queso, vino y dulces. ¿Gustaréis de alguna otra vianda?

- Así está bien, doña Inés –respondió el rey-. Me placen las cenas frugales.

- Yo tomaré cualquier cosa en mi celda, abadesa –dijo la reina-. El viaje me ha fatigado y deseo descansar.

- Ya decidiremos eso –intervino el rey, mirando a doña Leonor de un modo intimidatorio.

- Siempre a vuestra disposición –la abadesa trató de no interferir. Y añadió:- Por cierto, sabed que esta mañana ha llegado la hermana Constanza de Jesús y...

- Ah –el rey se interesó por la noticia-. Pues dile que deseo verla lo antes posible. Incluso me complacería que me acompañara durante la cena. Tengo verdadera curiosidad por saber qué caminos piensa utilizar para conducir el proceso de investigación.

- Desde luego. Así se lo haré saber, señor.

El monasterio de San Benito era la abadía benedictina femenina más importante de aquella región pirenaica situada dentro de la Corona de Aragón, a tiro de piedra de las montañas que la separaban de la tierra de los francos. En su origen se había establecido a modo de refugio espiritual para ermitaños, hombres y mujeres, cenobitas que pasado el tiempo se convirtieron en gentes piadosas al servicio de Dios que profesaron la vida monástica. Formaban dos comunidades diferenciadas, según su sexo, y observaban, de ahí su nombre, la Regla de San Benito.

Todos obedecían ciegamente a su fundador, un viejo noble catalán llamado Hilario de Cabdella. Su báculo pastoral fue respetado aparentemente por todos como si de un santo varón se tratase, aunque después de su muerte se dio a conocer la existencia de innumerables hijos bastardos y perdió gran parte de la buena fama que le profesaban sus seguidores. También era cierto que no todos habían querido creer cuanto de él se contaba y hubo quienes le disculparon con el tibio argumento de que traer hijos al mundo para el servicio de Dios Nuestro Señor no era un acto ignominioso, sino una muestra más de su generosidad y santidad. Una actitud que nunca fue compartida por todos los cenobitas ni, mucho menos, del agrado de las novicias que habían sucumbido a los caprichos amorios del abad don Hilario y que luego se vieron repudiadas o, en el mejor de los casos, abandonadas a su suerte.

Por ello mismo, sumando al descontento de muchas mujeres el hecho de las continuas controversias que su vida provocó, tras la muerte del fundador, que coincidió con el día de Navidad del mismo año 1200, los hombres decidieron abandonar el monasterio para incorporarse a un nuevo cenobio, esta vez totalmente masculino, llamado el Bonrepòs, situado en la no muy lejana villa de Morera del Montsant, y uniéndose así a los religiosos que habían abandonado también el monasterio mixto de Santa María de Vallbona por causas similares. De este modo,

el monasterio de San Benito, como después lo sería el de Santa María, se convirtió en el primer cenobio femenino y en un refugio exclusivo para religiosas, regido por una abadesa e incorporado a la reforma cisterciense.

Estos hechos los iba recordando el rey mientras, conducido por la abadesa, atravesaba el claustro y se dirigía a la celda que le habían preparado en un ala del monasterio deshabitada, para que su presencia no alterase en modo alguno la plácida vida de las monjas, aunque todos sabían que en aquellos días no era la placidez, precisamente, la manera más certera de definir el trastorno general y el miedo que sentían todas las habitantes del santo recinto.

- No os incomodará esta soledad que os he procurado, ¿verdad, mi señor? – preguntó doña Inés a don Jaime, mostrándole el interior de su aposento.

- En modo alguno, señora –respondió el rey-. Dios siempre acompaña y nunca nos deja solos. Tan sólo haz saber a la reina que una de sus damas ha de traer mis mudas y atenderme como camarera real mientras estemos aquí.

- ¿Alguna dama en particular, señor? –la abadesa inclinó la cabeza y se miró las sandalias mientras esperaba respuesta.

- No. Es igual –respondió el rey, desnudando su espada y depositándola sobre el arcón situado a los pies de la cama que le habían designado-. La que ella desee; la que menos útil le sea.

- Ahora mismo trasladaré vuestra petición.

Doña Inés se dispuso a salir de la estancia, pero un rayo, y el trueno que descargó a continuación, le hicieron detenerse en seco, como si una voz la llamara.

- *Laus Deo!* Parece que nos hemos resguardado justo a tiempo –exclamó después de suspirar y recuperarse de la impresión, cruzando las manos sobre el pecho-. Daré órdenes de que se os sirva la cena dentro de unos minutos, señor.

- Que se me informe en cuanto esté todo dispuesto.

Había que reconocer la fuerza de aquellas mujeres y el rey lo hizo, pensando en que, para vivir solas, aisladas y de ese modo, mucha debía de ser su fortaleza espiritual. A saber cuál era la última razón que las había conducido hasta allí: la soltería, el pecado, la culpa, una decisión paterna, un desengaño amoroso... Bien era cierto que la vida contemplativa podía resultar cómoda en algunos casos, aunque también conocía algo de sus trabajos, copiando y ornamentando códices, y otras labores no menos fatigosas y esmeradas, por sencillas que a un guerrero le pudieran parecer; y pensó que debería fingir ante la abadesa y transmitirle un reconfortante guiño de admiración por su entrega y abnegación. Don Jaime también decidió que, si sobraba tiempo, y supuso que mucha sería la holganza, pediría a doña Inés que le mostrase la marcha de aquellos trabajos de copia y miniatura de los que tanto y tan bien había oído hablar.

En ello andaba pensando, aflojándose las cinchas del calzado y despojándose de gola, peto, escarcelas y escarcelones, hombreras, codales, brazales, manoplas, guanteletes, rodilleras y demás piezas de su vestimenta, cuando una voz femenina le habló desde el umbral de la puerta.

- Me manda la reina a vuestro servicio, señor.

Don Jaime la miró, apretó los ojos para distinguirla bien en la penumbra y quedó sorprendido. Recortada su figura por los claroscuros del atardecer, a contraluz y apenas iluminado su rostro por los velones de la estancia, con la mirada sumisa y el vestido blanco, la dama parecía una aparición angelical.

- ¿Quién eres? –le preguntó, sin reconocerla.

- Violante, mi señor.

- Ah, Violante. Sí... Creo recordar que la reina me ha hablado de ti. Pasa.

Violante de Hungría era, en efecto, la última dama en incorporarse al servicio de doña Leonor. El rey apenas se había fijado en ella, siempre tan retraída

y discreta, pero al verla le pareció la más hermosa de cuantas revoloteaban al capricho de su esposa. Puede que por su juventud e inexperiencia fuera la menos útil en el servicio de la reina, pero ahora se daba cuenta de que, sin duda, era la más bella. Que doña Leonor la hubiera designado a su servicio demostraba su deseo de complacerle, o acaso el modo de apartar de ella a la servidora más torpe de su corte íntima; y puede que también se tratara de una trampa poco sutil para comprobar la lealtad de su esposo. En todo caso, fuera una u otra la causa de su designio, a don Jaime le pareció excelente la elección y no pudo contener una sonrisa.

- Mientras deshaces mi equipaje, háblame de ti, Violante –ordenó con firmeza. Luego, dándose cuenta de lo imperativo de su mandato, aplacó su tono de voz:- Ya que vamos a pasar mucho tiempo juntos, comprende que es natural que quiera conocerte.

- No hay mucho que decir, mi señor –respondió ella sin atreverse a mirarlo.

- Al menos podrás decirme de dónde eres...

- Soy hija del rey de Hungría, señor –la muchacha empezó a doblar y colocar algunas prendas del vestuario real en los estantes de la alacena situada en mitad de la pared.

- ¿Eres hija del rey don Andrés II? ¡Por todos los santos! ¡Buen y leal amigo, en verdad! –exclamó don Jaime, entusiasmado por la revelación-. Lo que no alcanzo a... Bueno, que siendo tan noble princesa, ¿por qué vienes al servicio de doña Leonor, la reina?

- El rey, mi padre, quiso que conociera esta experiencia, mi señor –por la tranquilidad con que lo dijo no pareció que le disgustara el encargo. Y aclaró:- Él dice que para llegar a ser una buena reina primero hay que saber ser una buena dama y conocer todos los entresijos de una gran Corte, como la vuestra.

- Sabias palabras del viejo y astuto don Andrés, sin duda –afirmó don Jaime, sonriendo-. ¿Y me puedes decir cuánto tiempo llevas al servicio de la reina?

- Apenas cuatro semanas, señor.

- Cuatro semanas –afirmó el rey con la cabeza-. Está bien. Haremos que tu real padre no quede descontento por nuestro comportamiento ni por tu educación. Todavía te queda mucho por aprender y yo mismo me esmeraré en ello. Así es que ahora, cuando acabes de ordenar mi equipaje, prepara el tuyo en la celda más próxima a la mía. Quiero tenerte tan cerca como sea posible, de día y de noche.

- Si es vuestro deseo, señor...

- Ah, y otra cosa: mientras sigas a mi lado no quiero que lleves tocado alguno en la cabeza. No me gustan. Despójate de él y muestra siempre al viento tu cabellera.

- ¿Mi tocado, señor? –la muchacha se extrañó hasta el punto de sentirse desnuda, ofendida, y se lo protegió con las manos, tanto la copa como la cinta ancha que cubría sus orejas y se ataba bajo la barbilla.

- Así es. Lo más hermoso de una mujer no es su virtud, sino su pelo. ¿No lo sabías? Porque supongo que lucirás una hermosa melena, ¿no es verdad?

- Yo, señor...

- Pues ya está todo dicho. Y ahora ordena que sirvan la cena.